



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 7 DE MARZO DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

## Los retoños del tiempo

LA LEYENDA DE LA APARECIDA

OLGA DE LEÓN G.

Todas las noches, poco antes del inicio de la primavera y hasta el diecinueve de marzo, cuando sonaban las doce campanadas de la media noche, aparecía en la calle principal de aquella pequeña comuna, la silueta de una mujer envuelta en traje de seda con vaporoso ensamble de encaje sobre fino raso que caía desde sus hombros hasta abajo de los tobillos: no se dejaba ver si calzaba zapatillas o traía sus pies desnudos.

Era una silueta esbelta, aunque no muy alta, quizás medía un metro con sesenta y cinco centímetros. Pero la penumbra y los arbustos muy bajos de la plaza principal, la hacían lucir más alta. Las doce campanadas provenían del reloj de la iglesia que formaba parte de la fachada, y se hallaba a la mitad de la cúpula central, parte más alta del hermoso edificio mezcla de barroco con algo del arabesco de mediados del siglo diecinueve.

Ya casi nadie se sorprendía al verla, si atinaban a pasar por allí en esa hora o poco después. Con los años y las décadas, se había vuelto parte esencial del entorno. La mujer daba una vuelta completa a la cuadra de la plaza. Lo hacía lentamente, parecía que flotaba; luego, desaparecía.

Cuentan las buenas gentes nacidas en ese pueblo y los ascendientes y descendientes de ellos, que la silueta correspondía a una mujer que sufrió en silencio la crueldad del marido y el maltrato de todos los hombres del pueblo que por despechados la acusaban de liviana y mala esposa. Mentiras. Solo mentiras salieron por más de medio siglo de la garganta de quienes, porque usaban pantalones, creían ser hombres.

Un día desapareció, cuando la mujer que se aparecía en el mes de marzo -lo hacía desde 1909-, y daba vueltas a la plaza como si flotara sobre el adoquinado, sin más ni más, un día ya no lo hizo, por décadas. Tardaron en darse cuenta de que había desaparecido, porque cada año, en esa misma época, otra mujer repetía el ritual de la aparecida.

Justamente, hace poco menos de cuarenta años, una niña, fue la que se dio cuenta de lo que pasaba en su casa, con su abuela, y se lo contó a su madre, le dijo: "Mima, por qué la abue sale todas las noches con su vestido de novia y regresa muy temprano por la mañana... Yo la veo que sale llorando y cuando regresa parece muy contenta, entra sonriendo hasta mi cama, me da un beso en la frente y me dice": "mi niña, tú ya no sufrirás como nosotras". Por qué sufres tú mamita, porque mi papá te grita, o porque me regaña sin motivo y me exige que le diga dónde andas, cuando vas a la tienda o al mercado... Qué pasa con mi papito, mamita: No nos quiere... O, ¿está enfermo?

Y, finalmente fue hace cuatro o cinco años, que una joven de menos de veinte, portando el vestido de novia de su madre, en ese mismo poblado al que la mod-



ernidad no había cambiado en nada, retomó el ritual de su bisabuela, su abuela y su madre recién asesinada por la tristeza y el abandono a los que la condenaron la sociedad y el marido, y salió la noche anterior al ocho de marzo y se encaminó hasta la calle principal del pueblo.

Sonaban las doce campanadas en el reloj de la hermosa iglesia, cuando la joven tras aparecer en medio de la calle, empezó a darle vueltas a la plaza. Dio al menos tres vueltas, antes de que alguien notara que esta era la verdadera aparecida, la mujer que inició la leyenda el día que el marido la corrió de su casa y las leyes nunca le hicieron justicia, quedando a merced de una hora ignorante de ese pueblo, quienes la lapidaron.

Esa noche, la silueta iba literal y realmente flotando, no se le veían sus pies. Y, el velo sobre su cabeza también flotaba, como si no hubiera en ese cuerpo: ni frente, ni cabellera, ni cabeza que lo sustentara.

La leyenda de la aparecida, a partir del ocho de marzo de mil novecientos setenta y siete, cobró vida real. ...Desgraciadamente, el maltrato a la mujer va mucho más allá del hogar, en lo laboral igual sucede. La vida de las mujeres: cultas, ignorantes, ricas, pobres, jóvenes y mayores, cambió poco. Nada nuevo hay bajo el sol, dijo un hombre... ¡Debió decirlo una mujer!

EL PICOR DE LA PASIÓN  
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Había en su manera de sazonar un picor que no a todo el mundo le gustaba. Despertaba el odio interior entre algunos, porque quitando la sazón de los chiles, el sabor de lo que preparaba era el de manjares de estrellas en un cielo imperdonable y brillante, sabores ordenados como robles maduros que se fermentan en coñac. Uno a uno, los gustos iban apareciendo en el paladar de los comensales, desde lo ácido hasta lo dulce, pasando por lo amargo y lo picoso, que siempre se quedaba.

Sus pretensiones de vida no iban muy lejos, iban y venían con el día a día: tener limpia la ropa y los barandales, brillante el piso, sacudidos los muebles. Limpiaba con cuidado el polvo de los libros que se encontraban encima de la repisa vieja, oliendo a papel húmedo: sus favoritos eran los de cocina. Y a pesar de que guisaba toda la semana para el negocio de su madre, su pasatiempo era prepararse platos especiales los domingos: recetas que descubría entre los tomos de la abuela: cocina gourmet, tan distinta a la comida corrida que disponía de lunes a viernes, escuchando entrar desde la calle los ritmos de un pueblo en luto.

Pero el resplandor del fuego brilló en los ojos de Martha cuando un día, un porteño entró al restaurant. Laboraba en una oficina cercana, dos cuadras rumbo al norte. Traía la sangre despierta, como quien consume cabezas de ajo cada mañana. Pidió la carta al sentarse y la mesera se la trajo, ondeando de un lado a

otro. A él no le molestó descubrir que la variedad de platillos fuera pequeña. Ordenó sopa caldosa de pasta, ensalada de lechuga y jitomate, y un pedazo de pechuga en salsa pasilla. Estiró sus pies y dirigió la mirada al televisor que colgaba de la pared más cercana.

Al verlo, a Martha se le hizo un revoltijo duro en el estómago: un montón de piedras rasposas chocando unas con otras, sin la suavidad de las que se encuentran sumergidas bajo el río, sino con la resequeidad de ladrillos que se raen en un temblor. No deseaba que el palpar de su corazón se le notara al caminar cerca del caballero. Se le vino la urgencia de abrazarlo y amarrarlo con un mecate a la silla, para que nunca pudiera irse. Martha le trajo el postre, con una sonrisa en sus labios color de rabia.

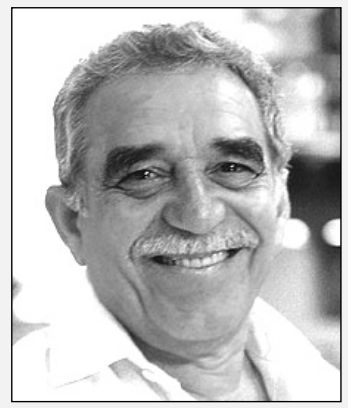
El porteño volvía, dos o tres veces a la semana. Hasta que descubrió a Martha observándolo de reojo. La invitó al cine. Un domingo de mañana, se encontraron en el quiosco del parque. Vieron en pantalla grande una película antigua, de colores desteñidos como chiles viejos.

Luego caminaron por las calles hasta detenerse a tomar un café en un rincón, al fondo de un lugar. Ella dijo que tenía comida en casa, para ambos. "Me encanta el picor de lo que preparas". "Nadie en la familia se come lo que hago con escozor. A mí me gusta, aunque me curta las manos por el contacto con los chiles". "¿Qué preparaste para hoy?", preguntó él, mientras giraba su taza de café ardiendo en la mesa. Ella contó del pollo marinado, de la ensalada con morrones y del caldo con trocitos de serrano.

Más tarde, mientras se sentaban a la mesa, él tenía los ojos puestos en el cuerpo de ella; y ella, en el de él. El hombre saboreó un cielo rojo que le supo a amanecer. Martha observaba con gusto los gestos de placer que su invitado exageraba cuando llevaba los platillos a su boca. Al terminar, se sentaron frente al televisor. Pero unos segundos después, ella lo tomó de la mano y le dijo: "Hay algo que quiero enseñarte". Lo condujo a su cuarto, sentándolo luego en la cama. Martha sacó un vestido rojo que se colocó para que él imaginara cómo se vería con él. "¿Me lo pruebo?". Él asintió dibujando una sonrisa, dejando escapar un bufido de su boca.

Ella comenzó a desvestirse y cuando estuvo totalmente desnuda, el porteño se levantó para acariciarla. Recostados en la cama, Martha pasó sus agrietadas manos sobre el cuerpo de él. Aquel sintió el ardor del amor cuando atraviesa la pasión; hasta arribar al peligro de quien se frota habanero en la piel.

Guardó silencio un momento; pero cuando la comeción la sintió como la de llagas que abren surcos de dolor en la tez, preguntó por la Cruz Roja más cercana. Ese fue el fin de la relación. El porteño no volvió y Martha comenzó a cocinar sin picor. Esperaba que un día, algún porteño arribara para saborear su nueva sazón.



Gabriel García  
Márquez

(Aracataca, Colombia, 1927 - México D.F., 2014) Novelista colombiano, premio Nobel de Literatura en 1982 y uno de los grandes maestros de la literatura universal. Gabriel García Márquez fue la figura fundamental del llamado Boom de la literatura hispanoamericana, fenómeno editorial que, en la década de 1960, dio proyección mundial a las últimas hornadas de narradores del continente.

Los años de su primera infancia en Aracataca marcarían decisivamente su labor como escritor; la fabulosa riqueza de las tradiciones orales transmitidas por sus abuelos nutrió buena parte de su obra. A fincado desde muy joven en la capital de Colombia, Gabriel García Márquez estudió derecho y periodismo en la Universidad Nacional e inició sus primeras colaboraciones periodísticas en el diario El Espectador.

A los veintiocho años publicó su primera novela, La hojarasca (1955), en la que ya apuntaba algunos de los rasgos más característicos de su obra de ficción.

Comprometido con los movimientos de izquierda, Gabriel García Márquez siguió de cerca la insurrección guerrillera cubana de Fidel Castro y el Che Guevara hasta su triunfo en 1959. Amigo de Fidel Castro, participó por entonces en la fundación de Prensa Latina, la agencia de noticias de Cuba. Al cabo de no pocas vicisitudes con diversos editores, García Márquez logró que una editorial argentina le publicase la que constituye su obra maestra y una de las novelas más importantes de la literatura universal del siglo XX, Cien años de soledad (1967).

Incubada durante casi veinte años y redactada en dieciocho meses, Cien años de soledad recrea a través de la saga familiar de los Buendía la peripecia histórica de Macondo, aldea imaginaria fundada por los primeros Buendía que es el trasunto de su localidad natal y, al mismo tiempo, de su país y del continente. De perfecta estructura circular, la novela alza un mundo propio, recreación mítica del mundo real de Latinoamérica, de un modo que ha venido a llamarse «realismo mágico» por el encuentro constante de lo real con motivos y elementos fantásticos.

Tras una temporada en París, se instaló en Barcelona en 1969. Su estancia allí fue decisiva para la concreción de lo que se conoció como el Boom de la literatura hispanoamericana, que supuso el descubrimiento internacional de los jóvenes y no tan jóvenes narradores del continente: el peruano Mario Vargas Llosa, los argentinos Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato y Julio Cortázar, los mexicanos Juan Rulfo y Carlos Fuentes y los uruguayos Juan Carlos Onetti y Mario Benedetti, entre otros. En 1972 obtuvo el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos.

Su prestigio literario, que en 1982 le valió el Premio Nobel de Literatura, le confirió autoridad para hacer oír su voz sobre la vida política y social colombiana.

Falleció en la ciudad de México en 2014, tras una recaída en el cáncer linfático que le había sido diagnosticado en 1999.

ad pédem literae

"El amor se hace más grande y noble en la calamidad"

Gabriel García Márquez

Letras de  
buen humor

"La sabiduría nos llega cuando ya no nos sirve de nada."

Gabriel García Márquez

Joana Bonet

## Tiempo de compasión

El espejo nos devuelve la ilusión óptica de lo que se ve de nosotros. Nos hemos acostumbrado al chasis, lo hemos aceptado y mejorado, pero seguimos buscando "nuestra esencia". Incluso quienes hacen gala de un ánimo impassible y ejercitan voluntad, esfuerzo y paciencia habrán conocido el látigo del desasosiego, que desnuda como nunca podrá hacerlo un espejo.

La pandemia ha quebrado la noción convencional de tiempo y la hechura del siglo. Ha parado el reloj global. Ha limitado la libertad de movimiento, creando una especie de doble realidad: seguimos viviendo como siempre aunque en realidad vivamos como nunca. Ha pospuesto trabajos y negocios, bodas, viajes y reencontros en los que ya se había grabado una ilusión; eran una forma de aliviar la pesada carga de la vida, durante tanto tiempo entendida como una empresa.

Días de parálisis han acentuado las consecuencias de la estrecha convivencia con uno mismo. Tú puedes ser el explosivo. En los aeropuertos ya no revisan tan celosamente el equipaje, te toman la fiebre, en busca del potencial infeccioso que puede seguir perpetuando la cadena vírica hasta que llegue a la ansiada inmunidad. En el 2022 la sitúa Financial Times, y la bautiza Nuevo Renacimiento. Volverán los eventos, los bailes, la benigna sensación de hoja en blanco. Menguarán los viajes de trabajo, pero emprenderemos rutas por placer,

con asistencia digital; las miradas vigilantes de los jefes se irán transformando en plataformas para controlar el trabajo; invertiremos más en salud, veremos al médico por Zoom. La tecnología nos arrebatará suavidad y gesto. Y la salud mental será nuestro flanco débil.

En su último libro, Yoga, Emmanuel Carrère ingresa diez días en un retiro de yoga. No se puede hablar y no se cena, pero se va allí a ser menos desgraciado. Carrère se conmueve ante el grupo aislado, casi en ayuno, que quiere conocerse mejor. Y entonces recuerda a André Malraux frente a un viejo cura que sumaba cincuenta años de confesionario, a quien interrogó sobre lo que sabía del alma humana. "He aprendido dos cosas -le respondió el cura-. La primera es que la gente es mucho más infeliz de lo que se cree. La segunda es que no hay grandes personas".

La depresión ha escalado posiciones, aunque ya hace años que la OMS la considera la tercera causa de muerte. Cada 40 segundos se suicida alguien en el mundo: la precariedad global, el tedio del sedentarismo, tanta pantalla sin carne... La receta media deriva al ansiolítico y la fluoxetina. Existe infervación holgada sobre el alud de desórdenes mentales que ha activado la crisis de la covid. Pero, en cambio, la certeza de nuestra fragilidad ahuyenta la compasión, que no equivale a la caridad cristiana, y es más intensa que la empatía. Se trata de escuchar todas



aquellas emociones que nos remueven ante el sufrimiento del otro: un lenguaje captado por los sentidos, aunque nos hayamos alejado de la visión eudaimonista de los clásicos para alcanzar una vida mejor.

Lo resume así la filósofa Martha Nussbaum: "Para que se despierte la compasión se debe considerar el sufrimiento de otra persona como una parte significativa del propio esquema de objetivos y metas. Se deben tomar sus penurias como algo que afecta al propio florecimiento". Autoras como Concepción Arenal o Simone Weil

habían ahondado antes en el fundamento de la intersubjetividad, pero Nussbaum es concluyente: no indignarse ante las injusticias cometidas a otros es propio de esclavos. La compasión es un revulsivo emocional que nos enfrenta al dolor ajeno y nos empuja a reducirlo.

Puede que apenas haya grandes personas, como le dijo aquel cura a Malraux, y que todos nos revolbamos en nuestras miserias y fruslerías, pero si no somos capaces de sentir compasión, habitaremos un glaciar poscovid, donde la poca piel que nos quedaba acabará crionizada.